

che.—Pues yo soy ese; no la digas, que estoy sin remedio condenado.—¿Cómo? ¿Pues no te confesaste? ¿No llorastes tus culpas?—Todo eso es verdad; pero sabe, que habiendo salido tú, y empezando ya las agonías de la muerte, me representó el demonio al pensamiento, diciendo: ¡Cómo, te olvidas de fulana! Y yo, ¡oh, nunca la hubiera conocido! Volvió á instarme: Pues está ella hecha un mar de lágrimas, ¿y tú te olvidas? ¿Y qué tengo yo, respondí, de haberla querido? ¡Oh, nunca la hubiera visto! Eso haces, me replicó, porque piensas que te mueres; ¿pero si prosigues viviendo, has de tener corazón para dejar aquella pobrecita? Yo dije á esto: Si vivo, volveré otra vez á su amistad: y al decir esto, espiré; y este solo pensamiento borró mi penitencia, y me tendrá eternamente condenado. Almas, almas de bronce sois, si no os estremeceis á este suceso. Consideraos en aquel trance, y mirad segun vuestro presente estado, si venceriais en este combate. Pues alto, á resistir para ensayarnos á vencer: echad la mano á las armas para lograr en aquel trance la victoria; que vá en un pensamiento, ó una eterna condenacion ó una eterna gloria.

---



---

## PLATICA XLIII.

DE LA OCASION PRÓXIMA DE PECAR, CÓMO DEBEMOS HUIRLA, Y SUS IMPONDERABLES DAÑOS.

—  
 A 21 de Diciembre de 1691.  
 —

**L**A ocasion dicen que hace al ladron; y no sé yo por qué han de decir que al ladron solo, porque si la ocasion hace al deshonesto, si la ocasion hace al vengativo, si la ocasion hace al jugador, si la ocasion hace al maldiciente, y si la ocasion en fin, es un funesto polvorin, por donde disparan todos los tiros de sus pecados los vicios, ¿por qué solo del ladron se ha de decir que la ocasion lo hace? Ahora, yo pienso que no habla eso solo del hombre, sino del principal y mayor ladron que es el demonio. La ocasion hace al demonio ladron: hace, digo, la ocasion, y sea la que fuere, que sin que nada le cueste, se robe el demonio las almas. No pocas veces sucede que hurta el ladron, aun cuando no lleve intento de hurtar, solo porque halló la cosa á la mano. Así, pues, el demonio roba

muchas almas, sin mas diligencias tuyas, sin mas tentaciones ni astucias, que habérseles ellas mismas puesto por su gusto en la ocasion. ¿Cuántas culpas se hubieran evitado si no nos hubiéramos puesto en las ocasiones? Cada uno lo vea en su alma; cada uno en su conciencia lo mire, mientras que en punto tan grave nos advierte el Catecismo nuestra obligacion: *¿Peca en los malos pensamientos quien procura desecharlos?* R. *Antes merece, si con eso quita las ocasiones.* ¿Si con eso quita las ocasiones? ¿Luego si no las quita, no merece? Es así: Luego si no las quita, aunque no consienta en los pensamientos, peca solo en la ocasion que por su voluntad no quita? No hay duda; ¿pero cuáles ocasiones, y cómo? Ya lo digo: ¡Oh qué materia tan del todo necesaria á la noticia de los que viven tan sin reparo como sin alma! de los que á todo se arrojan tan sin intencion como sin conciencia!

Cierto es, oyentes míos, que no solo en materia de honestidad, sino en todas las demas, es la ocasion el fomento mas lastimoso de los pecados, es el incentivo mas poderoso de las culpas. Pero en este sexto Mandamiento, menciona las ocasiones el Catecismo, ó por mas frecuentes, ó por mas violentas, ó por mas buscadas, ó por mas defendidas de la torpe ceguedad de la lascivia. (Th. Sanch. l. 1.) Cierto es, que el mismo precepto que nos prohíbe el pecado, sea en la materia que se fuere, de hurtar, de jurar, de aborrecer ó de otra cualquiera, ese mismo precepto nos prohíbe tambien bajo de pecado mortal, el ponernos en peligro y ocasion próxima de quebrantarlo. No les prohibió Dios á nuestros padres, segun dijo Eva, solo el comer la fruta de aquel árbol, sino tambien el que ni aun lo tocaran: *Ne comederemus, et ne tan-*

*geremus illud.* No les prohibió á los israelitas solo el que adoraran los ídolos, sino que por quitarles el tropiezo, añadió que ni aun los tuvieran en casa. Mandoles que en la pascua comieran pan ázimo y sin levadura; y por eso, para apartarles el peligro, les intimó tambien que ni lavadura se hallase aquellos dias en sus casas. Mándales que no suban á la falda del Sinai; y añade, porque no sea que les dé gana, que ni aun se acerquen. Mándales que en los sábados no pongan la comida al fuego; y añade, por quitarles la ocasion, que ni fuego se encienda en esos dias en sus casas. Mándales á los nazarenos que no beban vino; y porque tal vez no les irrite el apetito, añade que ni aun coman ubas, ni pasas. ¡Oh, cómo zela Dios el quitar las ocasiones que ponen en peligro próximo de quebrantar sus preceptos!

Ya, pues, no es solo ocasion la deshonesta, que están en este error no pocos. Cualquier ocasion que es próxima para caer en culpa, estamos obligados bajo de pecado mortal á evitarla; de modo, que si nos ponemos en ella solo por nuestra voluntad, y conociendo el peligro próximo, aunque sea sin intencion de caer, y aunque ni se caiga en la culpa, es siempre pecado mortal solo el ponerse en ese peligro. (*Eccl. 3. vers. 27. Qui amat periculum peribit in illo.*) nos dice el Espíritu Santo. En el mismo peligro está ya el perecer. No dice, repárenlo, no dice: El que ama el peligro perecerá en la caída, no; sino perecerá en el mismo peligro: *Peribit in illo.*—¡Oh, que el pasear una tarde con cuatro amigos no es pecado.—Así es; pero si por ir con esos amigos tienes ya experiencia que, ó todas, ó las mas veces caes en culpa, porque esa ruin compañía te incita, ese es ya peligro próximo, y pe-

cas mortalmente en ir con ellos.—¡Oh, que en el jugar un hombre no es pecado.—Así es, solo el jugar; pero si sabes tú que siempre que juegas, ó las mas veces te irrita el juego á juramentos, maldiciones, trampas y deseos del mal del prójimo, esa es ya para tí ocasion próxima, y debes bajo de pecado mortal no ir al juego. Lo mismo digo de aquella conversacion, de la otra junta, que si en ella sientes ya las caídas, es para tí peligro próximo.

A Corix, hombre muy colérico é iracundo, refiere Plutarco, le presentaron unos vidrios muy exquisitos y preciosos. Agradeciéndolos mucho, les estimó y alabó; pero estándolos alabando, fuelos tomando en la mano uno por uno, y estrellándolos todos en el suelo. Quedáronse mirando: ¿qué es esto? ¿Qué ha de ser? que me conozco, y conozco que si cada vidrio de estos, al irlos quebrando los criados, me han de costar pesadumbres y una cólera, quiébrolos yo ahora por mi gusto, y quito esas ocasiones á mi enojo. Esto hizo un bárbaro por quitar lo ocasion aun remota. Pues no te piden tanto de modo que aunque en sí la accion sea lícita, por lo que se acerca con el peligro próximo á la caída, es ya muerte del alma y condenacion si se busca. No es por sí venenoso el hongo, antes los ponian los romanos entre los platos de sus delicias. *Boletos, Ostrea, Mullos*. Pero si nace, dice Plinio (*leg. 22. cap. 22.*) ó junto al hierro, ó cerca de la cueva de la vívora, es veneno mortal: *Alienum soporem in venenum concoquit*. Ya muy cerca, y muy dispuesto á veneno, la cercanía le basta para que al punto lo sea. *Capaci venenorum cognatione ad virus accipiendum*.

Y si la ocasion en todo puede tanto, ¿cuánto podrá en la honestidad? Sobre un barril descubier-

to y lleno de pólvora, ¿quién se atreviera para encender la yesca, á sacudir del pedernal las chispas? Pensarlo solo, pone horror. Pues donde todo es peligro, ¿qué harán los que son mas próximos? Donde ha bastado un mirar para derribar cedros, ¿qué hará una larga conversacion en secas cañas? Donde cuarenta y cincuenta años de penitencias en los desiertos, por una ocasion vieron deshonoradas las canas de santísimos anacoretas, perdidas tantas coronas, arruinadas tantas palmas, ¿qué espera en la ocasion quien no está tan armado de virtudes, tan desgarrado de penitencias, tan consumido á ayunos? ¿Qué seguridad se promete quien ve á un Santiago ermitaño, despues de cuarenta años de una vida prodigiosa, en su mano el cielo obrando milagros, á sus piés el infierno lanzando los demonios; y al cabo, por una ocasion, y no buscada, sino permitida, quita la honra y luego la vida á la misma á quien poco antes había lanzádole un demonio del cuerpo? Y vean aquí perdidos en un instante tantos años, en una caída tantos méritos, en un vil deleite tantas gloriosas penitencias, y en una ocasion tanto cielo. Mirad y pasmaos en aquel otro que refiere San Macario. (*Homil. 27.*) Preso por la fé sufre el eculeo, las sartenes, los garfios, descoyuntado, desgarrado, quemado; y á todo constante. Vuélvenlo á la cárcel, compadécese de él una buena muger cristiana: asístele, sírvele; ¿y qué se sigue? ¡Oh, Soberano Dios, que á la familiaridad cae el que se tuvo á los tormentos! ¡Que postra la vista de una muger al que no pudo derribar todo el furor de los verdugos! y que deja vencido una ocasion al que ni pudieron mellar los garfios, las catastas, las garruchas, y la misma muerte!

¿Quién habrá, pues, ahora que diga: No es mas que una cortesía, no es mas que una honrada correspondencia? Si ello parara en eso solo, no hay culpa; mas si por tu experiencia sabes que, ó todas ó las mas veces caes en esa que llamas cortesía, no es sino ocasion próxima, y pecado mortal buscarla.—No, que no llevo intento, antes voy resuelto á lo contrario; ¿y quién te lo asegura? Ya el enfermo se pasa sin comer la fruta que le daña, mientras no la ve; mas si por respeto del huésped la ponen en la mesa, ¡oh, qué difícilmente la deja! Sufre el calenturiento su sed y sus ardores; mas si con achaque de enjuagarse le ponen en la mano el jarro, ¡oh, Dios! *Ad hoc quod male concupiscitur*, dice San Gregorio el Grande, (*leg. 3. Dial. 7.*) *présentia concupita forma validissimé famulatur*. La presencia, la vista, el trato, la conversacion fortaleciendo por la una parte las fuerzas, tanto mas enflaquece por la otra la inclinacion. ¿Pues en qué te fías.—Dios me dará gracia.—Eso es tentar á Dios. ¿Quieres tú y abrazas el peligro que se pone á la gracia, y junto con él quieres que te dé Dios la gracia? La gracia está en que tú huyas el peligro, húyelo y la tendrás; ¿pero si lo buscas? La velocidad en su correr les suple á las liebres las armas que no tienen; pero si en vez de correr se paran cuando las siguen los perros, quéjense de sí. *Salvabuntur qui fugerint*, nos dice Dios por Ezequiel, *et erunt in montibus quasi columba convallium omnes trepidi*. (*c. 7. 16.*) En huir está el salvarse. Pues si en la fuga está tu socorro, ¿qué puedes esperar de la gracia, cuando tú mismo te metes en el peligro? Y sin la gracia, ¿qué por tus fuerzas? Nada bueno, nada. Es de fé: ¿cuál será tu fortaleza para resistir á esa ocasion sin la gra-

cia? Fortaleza de estopa aplicada al fuego: *Et erit fortitudo vestra, ut favilla stuppæ*. (*Isa. 1. 31.*)

Inundó un gran ejército de cimbrios en la Italia, por la vía de Trento, (refiere Floro, *l. 3. c. 3.*) y llegados al Adiges, río caudalósísimo, no hallando puente ni barcas, persuadiéronse los bárbaros que les bastaría con oponer sus escudos para resistir las corrientes. Arrójanse al ímpetu, y á dos vueltas quedan innumerables ahogados con sus escudos entre las ondas. Fiaos del ímpetu de una ocasion por mas que le opongais escudos. ¿Y qué necesidad mayor que verse libre y meterse luego á donde hay que batallar por librarse? No hablo, pues, de las ocasiones remotas, esas de que está lleno el mundo de tropiezos, vistas, escándalos, que esas no estamos obligados á huirlas, porque fuera menester irnos del mundo. Hablo del peligro y ocasion próxima, que ponerse en ella, aunque sea sin mal intento, aunque no se siga la caída, solo el ponerse, conociendo el peligro, es pecado mortal; y debe confesarse. Ni es excusa el que se busque la conveniencia, el interés, la utilidad; que decir eso, está ya condenado por los Sumos Pontífices Alejandro VII é Inocencio XI. (*Alex. 7. propos. 41. Innoçen. 12. propos. 62. 63. damnatis.*)

Y si solo el buscarla, condena, ¿qué será estarse en la ocasion? Estar ya condenado. Ahora entendamos esto: ocasion próxima, explican los Doctores, es aquella en que atendidas las circunstancias, el que se pone en ella, nunca, ó casi nunca, deja de caer, ó que cae las mas veces, ó ya sea con los pensamientos, ó ya con las palabras, ó ya con las obras. Atendidas las circunstancias dije: la experiencia que conoce las mas veces las caídas:

la persona que echa de ver en su pasión lo violento, que le tira en su inclinación lo dispuesto; para esta no es menester muchas veces, una sola es peligro próximo.

Envuelto por medicamento en unas sábanas mojadadas de aguardiente, el rey Carlos de Navarra, al cortar el hilo conque las habían cosido, aplican una vela, prende el hilo, y por el hilo la demás ropa; y queda aquel rey abrasado.—¡Por un hilo!—Sí, que estaba la materia dispuesta. Si el corazón está vencido, buscar una sola vista es acercar la llama. Por el tiempo; si en pocos días son las caídas muchas, ¿quién no lo ve? Y por último: por el lugar, si tiene dentro de su casa la ocasión, y aunque no la tenga en casa, si tiene libertad á todas horas, cuando quiere y como quiere, toda esa es ocasión próxima, y toda esa es condenación lastimosísima, que se niega aun á su remedio.

Confesábase uno, que había hurtado una soga. Reparó el confesor: ¿una soga? ¿Pues qué vale? Fuele haciendo preguntas, hasta que vino á sacar que con la soga iba atado un caballo. ¡Buen modo por cierto de confesar! Pues así, y peor se suelen confesar los que viven en la ocasión de sus culpas. Dicen por el contrario las caídas, pero callan la soga de la ocasión que las ensarta. Y aun después de muy preguntadas, ó lo niegan ó lo solapan. ¡Oh, alma desventurada! ¿Tienes fé ó eres bestia? Si tienes fé, ¿sabes que eso no basta para ponerte en gracia de Dios? ¿Sabes que callando esa ocasión próxima en que estás, la confesión queda sacrilega? Pues si sabes esto, ¿para qué lo callas?—Porque si lo digo, no me han de absolver.—No hay duda en eso, si la ocasión es próxima no te absolverán. Pero si te absuelven porque tú callas,

no vés absuelta, sino condenada, y con un sacrilegio más. ¿Pues qué remedias? ¡Oh, Dios! Si lo dices no te absuelven, si lo callas no vés absuelta. ¿Pues qué desventura mayor? Si tú á tí misma no te quieres desatar de la ocasión, ¿cómo quieres que el sacerdote te desate de tus culpas? ¿Y eso llamas rigor y mala gracia, lo que en el pobre confesor es necesidad? ¿Qué cirujano has visto que sobre las ataduras de la llaga aplique el emplasto, ó que dejando todavía clavado el cuchillo quiera curar la herida? No puede ser; desata, descubre, limpia.—¡Oh, que duele!—Sí; pero sin apartar lo que daña no hay medicina. ¿Pues cómo quieres que un pobre confesor te deje las ataduras de tu llaga, te deje clavado el cuchillo, y que te ponga sano? Quiero decir; si tú te quieres estar atado con tu ocasión, si no has echado con un verdadero propósito ese cuchillo que te quita la mejor vida, ¿cómo sanarás en el alma?—No, que ya traigo propósito.—Lo dices; pero el hecho te desmiente.—¡Oh, que me han absuelto otras veces!—No sé como habrá sido, que estándote en la ocasión, es sin duda que todas tus confesiones han sido sacrilegios. ¿En negocios en que vá el alma, quieres engañarte á tí mismo? En la ley, *Qui Tertiana ff. de Edictio Edicto*, no quiere el Jurisconsulto que se llame sano á aquel que padece tercianas, ó gota coral, aun en los días que ni le dá la calentura, ni el mal caído lo derriba. No está sano, porque ¿qué importa que el achaque no lo derribe hoy, si tiene dentro de sí mismo el humor que lo ha de derribar mañana? *Qui tertiana, aut morbo comitiali laborant, ne iis quidem diebus, quibus morbo vacan, sanam dicuntur.* ¿Pues cuál será tu salud si aun tienes dentro para tu ruina la ocasión?—No, que ya la de-

jé, vivo aparte. Bien; ¿pero las correspondencias? ¿las entradas? ¿las idas?—Eso es forzoso, porque hay obligaciones.—Anda, simple: ¿eso es quitar las ocasiones? Triste de tí que sobre engañado tú, me quierés engañar!

Descubrió un cegador una vívora, y dióle al punto con la hoz un golpe que la partió por el medio; y muy contento coge aquella mitad en la mano, burlándola con gran risa; mas presto conoció su necesidad, porque quedándole viva la cabeza, le dió tal mordida, que al punto murió él antes que ella. Cortaste, dices, ¿pero qué hacemos, si aun queda viva la vívora de esa ocasion! ¡Ah! ¿y qué será si revive á la hora de tu muerte? Pues oye este escarmiento para que no culpes al confesor de riguroso.

Muchos años habia estado una muger enredada en una amistad, refiere nuestro Señeri, cuando Dios por último aviso la postró con una grave enfermedad en una cama: fué allí experimentando lo que todas las desventuradas que de esto viven; miserias de la naturaleza, faltas por la pobreza, y retiro de su mentiroso amante. La enfermedad duró muchos meses, con que á las vueltas de los dolores consumida, á los acarres de medicinas gastadas, y á las ruindades de su infame amator desengañada, abrió los ojos ya cercana la muerte, y arrepentida de veras de sus pasadas culpas, llama un confesor, y con ríos de lágrimas confiesa sus pecados, con demostraciones finísimas de una contrición muy verdadera. Acabó, y ya el confesor se despedía: ¡Ah, sí, padre, le dijo, ¿le parece que sería bueno desengañar yo misma á ese desventurado hombre, porque no se condene? Suspendióse el confesor, que no debió ser muy avisado: vió que

ella estaba tan arrepentida, y que por otra parte hecha un esqueleto horrible, podria su vista dejar muy desengañado al mancebo; y así resolvió en concederle lo que pedia. ¡Oh, qué imprudencia! Díjole, y repitióle las palabras que le habia de decir, y no mas. Estudiólas ella, hizo luego llamar al mancebo, y para mas seguridad, entró junto con él el confesor. Púsole delante á la enferma; però, ¡oh, Dios, cuán contrario salió el efecto! porque al punto que ella lo vió, olvidada del sermón estudiado, hablando primero los ojos con las lágrimas, prorumpió luego así: ¡Oh, querido mio, yo siempre te he querido con veras de mi corazon; y ahora quiero que sepas que por la despedida te quiero mas que nunca. Veo que por tí me voy derecha desde esta cama al infierno; pero no importa, yo quiero irme al infierno, porque sepas que hasta este punto te he querido. Anudósele aquí la garganta; y parte con la vehemente agitacion del corazon, parte con la debilidad, cayendo sobre las almohadas, despidió el alma. ¡Cuál quedaría aquel mancebo? ¡Cuál quedaría el confesor? ¡Oh, pobre confesor! Esta es una ocasion: ¡oh! no os coja en la muerte, que perdereis la ocasion mas preciosa, de que pende, ó una eternidad de infierno, ó una eternidad de gloria.